

me voy, acabaré yo en el cementerio, y él en presidio». Al pronto, se le acusa de haberla suprimido tranquilamente. Hay que restar este cargo de los que se le acumulan ahora.

Pero un viejo «indiano», un labriego, que después de cobrar fuerte suma se acompaña del capitán, en efecto se evapora; ni rastro. En vano su mujer le busca: nunca vuelve a saberse nada de él..., ni, por supuesto, de la cantidad. El mar arroja a la playa un cadáver sin cabeza. Más adelante, uno de los niños, fruto probablemente del nefando contubernio, que ha dado a luz la desventuradísima hija del monstruo, también se pierde de vista; tampoco se rastrean huellas de su paso por el mundo ni de su desaparición. Con asombrosa destreza escamotea este hombre a una persona, como si fuese árbitro del destino de sus semejantes, sin que la autoridad curiose, sin que nadie estorbe sus combinaciones. Para inocentes fines, encontramos a cada momento miles de obstáculos: Sánchez dijérase que no los conoce, que todo se allana ante su bravía voluntad.

* *

La sociedad no se defiende. Se *deja*. Erigida en dogma la impunidad, raya en manía el de echarlo todo a buena parte, el no ver en nada ni en nadie culpa ni delito, y el igualar, con censurable indiferencia, al hombre de bien y al malvado, si ya no es que el primero goza fueros menores que el segundo. Yo no puedo comprender cómo un sujeto de los antecedentes del capitán Sánchez no estuvo en presidio desde hace veinte años; sus fechorías no habían sido realizadas en países remotos, sino en la Coruña donde era facilísima la información; y mi asombro al leer que se tenía de él «el más ventajoso concepto», corre parejas con mi terror al leer igualmente, que, y siempre en la prensa, pues no poseo otra fuente de información, «¡se le iba a dar un puesto en el ramo de Seguridad!..»

Es decir que, por ese contagio de abandono que en todo se advierte; por apatía de los que no son malos, y por tácita complicidad de los que acaso llegarían a serlo, hemos estado a pique de tener nuestra hacienda, nuestra vida y nuestra honra a disposición de algún complot organizado por el capitán Sánchez, maestro en el arte, como se ha demostrado y perfecto conocedor de la sociedad en cuyo seno, y bajo cuya protección, ha podido eslabonar tantos crímenes.

* *

Desde la «Seguridad» (¡oh ironía!) a cualquiera se le tiende una red, a cualquiera se le envuelve en la telaraña de una acusación... No ha mucho que una de las más ilustres y virtuosas familias de España se vió envuelta en una asechanza de este género, que costó al jefe de ella, a fuerza de sinsabores, la vida. El capitán Sánchez, ducho en todo, ya había intentado algo parecido, al acusar a un señorito aristocrático de raptó de menor. La menor, era la hija del mismo capitán. Esta hija es uno de los elementos dramáticos del sensacional suceso.

La muchacha, que responde al bonito nombre de María Luisa, y que cuenta ahora sobre veintidós años, a mí me parece un ser vulgar, una de tantas. Sería difícil, en el actual estado de la causa, decir si en María Luisa encontró el capitán el más dócil y bien dispuesto de los cómplices, o la más infeliz de las víctimas y, al mismo tiempo, la más trágica, la más sentenciada por las leyes de la antigua fatalidad.

Pervertida antes que núbil, según declara, por su padre, parece haber sido en sus manos un instrumento, no sólo de infame ludibrio, sino de lucro. Si tal declaración es cierta (siempre desconfiaría yo de lo que dijese la moza, pero en este particular es verosímil lo que refiere) sólo por eso el capitán Sánchez merece la pena más severa del Código y la excruciación de la naturaleza ultrajada.

* *

En la hermosura de la moza tenía puesta la mira el hombre de presa. La moza era un señuelo. En su casa — dentro de la Escuela Superior de Guerra — montó una timba, a la cual concurrían los aficionados. Unos vendrían por el juego; otros, por la niña. Y el asesinado..., por las dos cosas a la vez.

Poseedor de una fortunita en títulos, empresario, timbista, igualmente que Sánchez, la víctima de este crimen aterrador, si hemos de atenarnos a referencias que tienen carácter de realidad, fué atraída a casa de Sánchez para una partida de monte y para algo menos santo aun. Secreto instinto le dictó el recelo y la precaución de cambiar las cinco mil pese-

tas que llevaba en la cartera por una ficha del Círculo de Bellas Artes, del cual era socio, encargando, al recogerla, que no la abonasen a nadie sino a él mismo. ¡Extraño presentimiento, al cual se debe el que se haya descubierto el crimen! — Si no hace tal advertencia, acaso, dentro cuarenta años, al ser derribado el vetusto edificio que la Escuela Superior de Guerra ocupa hoy, el hallazgo de unos huesos excitara un instante la curiosidad, sin que nadie acertase a referir tan fúnebre descubrimiento a la misteriosa desaparición, casi medio siglo antes, de un señor cuyo nombre se había olvidado...

* *

— Voy — había dicho García Jalón — a un sitio donde no me gusta llevar dinero...

El milagro es que estas palabras no fuesen, desde el primer instante de conocerlas, clarísimo rayo de luz para la policía. Debe de ser muy difícil escribir la historia real de sucesos que pasaron hace siglos, cuando en hechos recientes andan tan discordes las opiniones. Para unos, el descubrimiento del crimen es un triunfo de la policía; para otros, de la prensa; para bastantes, se debe a la inteligencia del «botones» del Círculo de Bellas Artes. Yo votaría con los últimos, no sin proclamar el papel de activo estimulante de la prensa, en especial de *España Nueva* y *El País*. Si el «botones» no tiene la feliz idea de seguir a María Luisa y enterarse de su residencia, a estas horas el capitán Sánchez fuma en su casa y no en la prisión.

Pero el «botones» *encerró* a la rubia, y supo dónde vivía, y quién era..., y detalló perfectamente las prendas de su traje. Pero no se insistió en la pista. Es verdad (cosa muy española) que, según la prensa, el juez encargó el asunto al secretario, y éste a un suplente. A bien que la prensa seguía chillando.

* *

Sánchez, precavido, no se había contentado con descuartizar a la víctima: mondó el cadáver, dejando limpios los huesos; machacó la cabeza, y, depositando en espaldas la carne, los jirones sanguinolentos de un cuerpo humano, los fué enviando a la alcantarilla, mientras tapiaba esqueleto y ropas en un hueco de la pared.

Para todo esto se valió de sus subordinados, los albañiles y ordenanzas. Y a mí me cuesta trabajo creer que no le auxiliasen los demás de la familia, incluso ese misterioso *padrino*, ese viejo que, despojado por Sánchez de su fortuna, vive con él, y parece adorarle, y la hija menor, aquella Manolita, que se desmaya cuando las piquetas de los albañiles atacan el recién construido muro que guarda los restos de Jalón, es decir, su esqueleto. De otro modo no puede ser; el descuartizamiento y mondadura de un cuerpo humano, con los rastros que deja y con el tiempo que supone; una tarea tan ardua y singular, no pasa inadvertida dentro de una familia, en una casa no grande. Lo curioso es cómo todos, excepto María Luisa, ayudan al que los ha matado de hambre y tundido a golpes y quitado su escasa fortuna. Y le ayudan igualmente los soldados, no sólo por disciplina, sino con una especie de adhesión que merece análisis. Esos pobres diablos nada ganaron con el crimen, y puede que den con sus cuerpos en presidio.

* *

Y he aquí lo más característico de este macabro suceso, que extracto de la prensa, pues repito que por ningún otro conducto poseo el menor dato. Y añadiré que deseo infinito que los pormenores más espantables se desmientan, y que el repeluzno en que todos vivimos desde que se divulgaron se sosiegue y disipe. Es una pesadilla que nos presenta a la imaginación festines de carne humana.

Un crimen es cosa muy mala, sobre todo un crimen de esta clase; pero es peor, y de consecuencias más graves, la inconsciencia social. Los crímenes suelen revelarla. Rásgase bruscamente la cortina; alza el Diablo Cojuelo el techo de las casas, y se ve el abismo de barbarie, de vicio, de apetitos desenfrenados, y alrededor la atonía, el desquiciamiento, la subversión de las nociones más elementales del bien y del mal, que permiten a estos bandidos disfrazados, que no tienen la excusa de la miseria, y que tienen deber estricto de conservar el honor, colear como tiburones en el mar dormido de una sociedad enferma, y zampar su presa, hasta el día en que el rastro de sangre se delata a sí mismo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Se debe hablar de los crímenes? ¿Conviene más el silencio?

Cuando ocurrió en Francia el hecho espantoso de Troppmann, y ahora, cuando «los bandidos trágicos» revelaron un estado social alarmantísimo con sus fechorías, ¿había medio humano de que la prensa escamotease a sus subscriptores sucesos que eran la conversación no interrumpida y la preocupación dominante de todo el mundo?

No ha mucho tuve ocasión de alabar al periódico *El Socialista* porque ni reseña los toros ni los crímenes; pero un crimen como el que tiene a Madrid en jaque, se diferencia de ciertos hechos sangrientos diarios, vulgarísimos, de los cuales no convendría ni hacer mención, por restar a los matones el excitante de la vanidad.

Este drama espantoso y espeluznante descubre un proceso de debilidad y de indefensión social. El que un individuo tenga pasiones y apetitos excepcionales, desbordados, y que cometa iniquidades en relación con su psicología, no es cosa que deba asustar, pues siempre habrá de estos individuos; pero el que encuentre para sus fechorías ambiente, seguridad y campo abierto, hasta el día en que ya la sociedad no puede cerrar los ojos, en que se le mete por ellos el caso atroz, eso, o mucho me equivoco, es doblemente grave, doblemente alarmante para quien sabe ver síntomas.

* *

He aquí al protagonista del horrendo folletín de la Escuela de Guerra. Es una especie de soldado aventurero, dotado de valor, y que en los campos de batalla ha hecho una carrera relativamente lucida.

La leyenda cuenta que se embarcó para Cuba, como se dice en los puertos de mar, *de polisión*; otros desmienten la posibilidad de este hecho. Sea como fuere, en Peralejo se bate bien; el general Martínez Campos, que estima a los valientes, le da el ascenso y ya le tenemos incluso en esa burguesía en que se puede aspirar a tantas cosas. Cuando vuelve a España, empieza a actuar de jugador de ventaja y de baratero. Un día, revolver en mano, en una chirlata que tal vez se disfraza con el pomposo nombre de círculo, se apodera de mil y pico de pesetas que no son suyas, ni aun por los azares del juego; otro, se disfraza de agente de policía, y atraca y estafa, a la salida del garito, a un *punto* ganancioso. Todo esto lo hace sin gran recato, y aun a tambor batiente. Y nadie se preocupa.

El juego es el más visible de sus vicios; por ese camino o mejor dicho por ese precipicio en que tantos se despeñan, va el capitán Sánchez cayendo de roca en roca, llegando también, según los relatos de la prensa local — Sánchez es de la provincia de la Coruña — a salir con escopeta a atracar caminantes, actuando de salteador, en las pacíficas y alegres campiñas de la comarca mariñana.

* *

La leyenda sigue tejiendo a su alrededor negras gasas. Desaparecen, sin explicación, personas cuya muerte puede interesarle. Hay que exceptuar de esta serie fúnebre a la esposa, que cien veces maltratada, huye a América, declarando expresivamente: «Si no